

Dos libros sobre don Miguel de Unamuno Una encuesta de la juventud

EL centenario del nacimiento de don Miguel de Unamuno, tan poco «unánimemente» celebrado, como decía Lain Entralgo hace poco, ha visto la aparición de obras de distinto tipo y alcance en torno a su figura. Sin embargo creo que van a ser dos de estas las que más van a llegar al público de tipo medio: «Vida de don Miguel», de Emilio Salcedo, y un pequeño, pero agudísimo librito de Jean Becarud: «Miguel de Unamuno y la segunda República». Son dos libros muy logrados, muy bien documentados, y lo que cada día va siendo más importante, totalmente vitales, llenos de los problemas, las agonías, las alegrías y esperanzas humanas no sólo de don Miguel de Unamuno, sino de los hombres con quienes convivió y de la sociedad española de su tiempo.



Los salmantinos —un verdadístico por la singularidad de su personalidad sigue estando en la provincia y en la aldea, lejos de las grandes urbes donde, con excepción de las personalidades fortísimas, los hombres van pareciéndose lamentablemente los unos a los otros sin apenas más diferencias que los rostros y la estatura, pero con los mismos hábitos, las mismas reacciones psicológicas, la misma mediocre estandarizada manera de pensar.

Pues bien, decía que Unamuno se lanzó de cuerpo entero en este ambiente provinciano que, por supuesto, no era el más adecuado para comprenderle, porque en los ambientes mentales estrechos se tienen ideas muy sumarias y absolutas sobre los hombres, sobre las actitudes y los sucesos y son seguidas de simpatías incondicionales o de odios a muerte.

Afortunadamente las cosas han cambiado bastante. La España de hoy tiene muchos defectos, algunos de ellos terribles y que están pidiendo a gritos su remedio, pero no es ya el país triste, oscuro, medieval, paraíso de caciques y diputados ociosos, los más altos grados de analfabetismo y orgullo entre los países del mundo. Pero entonces lo era y muchas de las actitudes tan paradójicas de don Miguel se explican perfectamente desde su circunstancia provinciana, en comunión también con lo que este pueblo español ha conservado siempre de auténtica espiritualidad y poderoso empuje vital. Una espiritualidad y un empuje que él y sus ami-

dero plantel de médicos humanistas— cultivaron con todo amor y de manera directa y personal, lo que repugnaria seguramente a ese tipo de intelectual exquisito que por nada del mundo accedería a hablar de cuestiones del espíritu a una asociación de dependientes de comercio que entonces llevaba hasta un nombre insultante.

Pero la única manera de hacer luz en una sociedad oscura es sembrar inquietud espiritual allí donde sólo hay confusión, mediocridad o menesterosidad intelectual o espiritual, y sentar cátedra de bondad en el hervidero de todas las pasiones que vemos tan bien retratadas en el libro de Salcedo y que nos recuerdan las viejas, las mismas pasiones envidiosas que dieron en las cárceles inquisitoriales con lo más florido en virtud y en letras de la Universidad salmantina del siglo XVI: Fray Luis, Martín Martínez de Cantalapiedra, Alonso Gudiel, etcétera. Las mismas pasiones y envidias que no perdonan todavía a los cien años de su nacimiento la señora superioridad espiritual de don Miguel de Unamuno en la pobre España del primer cuarto de nuestro siglo.

El libro de Becarud, por su parte, nos muestra ante todo al Unamuno político y político «sub specie aeternitatis», esto es, místico de la política, más que militante de la política real e histórica, aunque estuviese muy ligado por simpatías y convicciones al partido socialista, por ejemplo, o al régimen republicano, lo que no le privó nunca, gracias a Dios, de ser independiente, absolutamente, salvajemente independiente. Ya dijo él mismo que era de su propio partido y que sin embargo no tomaba siempre sus acuerdos por unanimidad, pues verdaderamente todo su pensamiento es paradójico y contradictorio como la vida misma y su pensamiento religioso más místico y sentimental que racional y teológico. De ahí sus demasías y sus disidencias en este aspecto, a la par que sus indiscutibles aciertos de la más pura ortodoxia.

Uno de estos aciertos está en su repulsa de toda clase de catolicismo político o de política católica que le pareciera, con razón, un intocable abuso de lo religioso para fines temporales por nobles que fueran. De esta manera conecta Unamuno extrañamente por cierto con un escritor como Bernanos y, desde luego, con la mejor tradición española como muy bien intuyó Rafael Sánchez Mazas en un ajeteado mitin en el salmantino teatro Bretón: «Nosotros somos del Cristo español, teológico, trágico y poético, que es el mismo de don Miguel de Unamuno y no del Cristo belga, sociológico, economicista y utilitario del señor Gil Robles». Pero en lo que quizás no andaban muy acertados tanto Unamuno como Sánchez Mazas era en desconocer la inevitable opción política y social por la justicia a que el cristiano está obligado por su mismo credo. Tenían razón, empero, en que opción política debía ser laica, temporal, sin poner a Cristo por delante —«repecharse con Él», decía don Miguel— como escudo, pretexto y hasta campaña electoral. El Vaticano II no ha dicho otra cosa.

JOSE JIMENEZ LOZANO

UNA revista madrileña ha aportado datos para una encuesta de la juventud, cuya importancia es incuestionable. Estas actividades auscultadoras del cuerpo social, y no sólo de la juventud, deberían merecer muchas más horas de atención por parte de sociólogos y educadores, puesto que sus resultados muestran el clima adecuado que se respira, desvaneciendo no pocos equívocos y estableciendo unos principios, desde los cuales actuar positivamente. Veamos algunos de los resultados de este sondeo.

En el año 1964 había en España cinco millones y medio de jóvenes comprendidos entre los 15 y los 25 años de edad. Una corta minoría de los mismos acudía a la Universidad. El universitario español se manifiesta exteriormente como un burgués, precisamente porque en su mayoría procede de las clases más burguesas de la sociedad. No obstante, y es curioso observarlo, el concepto burgués suele sacudirlo de su persona. Tampoco siente excesivas fidelidades hacia su clase social. Pero, signo claro del tiempo, el universitario suele ser apolítico.

El sustrato cultural de la juventud es escasamente favorable. La encuesta señala que un millón de muchachos y mucha-

chas españolas de 1964 recibieron una educación superior a la primaria. Tres millones y medio sólo consiguieron educación primaria hasta los doce años. Aproximadamente unos 700.000 no concluyeron, siquiera, sus estudios primarios y 300.000 no fueron a la escuela.

Uno de los aspectos que más convendría meditar es el de la religiosidad en la juventud. Un 50 por 100 consideraba que el mandamiento más importante es el primero, y un 30 por 100 estimó que el cuarto. Es decir, un 80 por 100 se manifiesta al margen de otros mandamientos, no subestimados, desde luego, pero extraídos de su sentido obsesivo, el sexto, por ejemplo. Por otra parte, tenemos que más de un 60 por 100 de los encuestados se consideran a sí mismos tolerantes en materia religiosa, mientras que un 21 por 100 se declaran intransigentes en este terreno.

En materia política se evidencia un cierto sentido de desorientación. Ya anotamos el signo apolítico de la mayor parte de la juventud. Ello se hace palpable en cuestiones como ese porcentaje de un 31 por 100 de muchachos que manifiestan su indiferencia en cuanto a Gobierno y gobernantes, con tal de que unos y otros sean eficaces. Hay, no obstante, un 42 por 100 que prefieren la elección como medio de gobierno más representativo.

Las formas de vida social presentan facetas interesantísimas. Así, por muy desalentadora que parezca, ésta es la reacción de los muchachos ante la Administración. Nada menos que un 55 por 100 estaría dispuesto a bus-

car recomendación para resolver un asunto oficial, y otro 38 por 100 buscaría entre sus amistades y familia quien pudiera resolver sus problemas en este sentido.

Hay bastante unanimidad en repudiar la extrema separación de clases sociales, y casi todos coinciden en destacar que el quehacer más importante encomendado a la España actual debería ser la realización de la justicia social.

Hay base, por tanto, para iniciar un diagnóstico de la juventud. Esa juventud que se muestra lo suficientemente clara en muchos de los aspectos de las encuestas, y un mucho desorientada en otros de ellos. Hay, en muchas de las respuestas, un sentido realista a ultranza. También, un cierto escepticismo, nada halagüeño, en los jóvenes.

Si comparamos, panorámicamente, el pensamiento de la juventud de nuestro país con la de otros pueblos, el francés y el italiano, por ejemplo, veremos como, aparte de diferencias, generalmente extraídas de unas sensibiles cotas culturales, se ofrecen coincidencias de fondo nada sorprendentes. Quizá la más sobresaliente sea la de que la juventud europea está «de vuelta» en muchos sentidos. La desmitificación de unos valores, consagrados y grandilocuentes, es una constante en toda su juventud. Nada extraño, además, cuando se han vivido jornadas de una tensión excesivamente elevada y la realidad ha ido desmontando conceptos, ideas y fraseología que a nada han conducido.

FERNANDO MENDY

EL CABALLO DE TROYA

LA LEY DEL EMBUDO

HACE unas cuantas fechas fué desarticulada en Bilbao una banda de delincuentes juveniles. La cosa, en sí, tiene su importancia, aunque carece de perfiles notables, dado que los hechos delictivos de estos muchachos se han repetido en diversas poblaciones y con parecidas características.

Pero, efectivamente, hay noticia en este comentario. Y se duele de ello un religioso, el padre Sulibarría, en la revista «Vida Nueva». Porque sucede que la banda de precoces malhechores —once muchachos entre los dieciséis y los diecinueve años— estaba compuesta por aprendices y jóvenes obreros de Bilbao.

Está claro, como señala el padre Sulibarría, que estos muchachos comenzaron a trabajar en edades propias de escuela y de centros de formación profesional. Lo que ya no está tan claro es, hace poco tiempo, al desbaratarse otra banda de muchachos en Madrid, de parecida-

temente aireados, seguramente, como dice el religioso citado, «por tratarse de familias que no van a defenderse en su dignidad herida».

Es un típico caso de la lastimosa «ley del embudo» que tan a menudo rige las relaciones sociales. Eduardo Obregón, en su libro «Las razones del proletariado», ya indica claramente esa mentalidad que nos lleva directamente a la famosa ley, cuando dice que «para la burguesía, el proletariado no tiene razón. Sus demandas y quejas son injustificadas. El proletario es un hombre inferior» que debe aceptar con humildad el modesto papel que le corresponde en la sociedad. Por humanitarismo será aconsejable hacer algo para aliviar, en lo posible, la dureza de su suerte. No se deberá olvidar por completo que es un ser humano. Pero de esto a reconocer que le asiste alguna clase de razón cuando se alza contra el orden burgués, media un abismo».

¿No habremos de buscar la razón de algunos demagógicos en estos distintos baremos? Ya no se trata de una injusticia aislada, de un sangrante hecho concreto. Se trata de la conformación de una mentalidad, de los criterios selectivos que se siguen injustamente en normas civiles y sociales. La tarifa de la ley es única e indivisible. Y el derecho y la obligación de cada ciudadano está —debería estar— al margen de su condición y sus ilustres o humildes pañales. Pero el trato desigual ha engendrado un cierto fatalismo en las clases humildes, con el suficiente resentimiento como para hacer saltar en mil pedacitos cualquier orden que entienda de sutilezas de este calibre, cuando la situación se presenta clara. ¿No hay, acaso, en ese servilismo, que tanto nos duele en los humildes, una subterránea amenaza? Ya no es, como dice Obregón, que el hombre inferior» deba aceptar el



puesto que se le adjudica. Es que este hombre se coloca en el mismo, quizá antes de que las oscuras fuerzas que mueven la sociedad le reintegre en su lugar violentamente y a la fuerza.

La filosofía popular acuña sus refranes, sus sentencias, sus ingenios cantares; en los que se dice de lo injusto de unas situaciones que permiten el desahogo, la riqueza y el abuso de los poderosos, mientras que la menor infracción de los humildes

es castigada y aireada ejemplarmente.

Pensar que todo ello, según va expresando, es demagogia, solución poco, ya que la existencia de tales hechos admite toda la gama de variaciones, de refinamientos y de abundante material ejemplarizador.

Se duele el padre Sulibarría de esta «discriminación» que ha tenido lugar, no sólo con unos muchachos que aprendieron a robar, sino con sus familias, lamentándose de los perjuicios que a las mismas origina el alarde periodístico. Si, padre, para otros habrá una discreta cortina de silencio, y el día de mañana, la sociedad perdonará los «extravíos juveniles» de unos inconscientes muchachos perdidos por las malas películas y los ejemplos perniciosos. Pero, ¿olvidará fácilmente la sociedad los robos de quienes ejercían su delito con un mono de mahón? La ley del embudo es algo característico en esas sociedades cristianas que no han sabido leer nunca la lección del Evangelio.

MIGUEL ANGEL PASTOR



edad, pero de «familia bien», se omitieran pudorosamente los apellidos de los ladronzuelos en la prensa, sin fotos, sin alardes publicitarios ni más detalles, en tanto que para estos otros chicos, en idéntica ocupación ilícita, el tratamiento variara sensiblemente. Todos ellos siguen en la cárcel y tanto sus nombres, como las circunstancias familiares afines, han sido convenientemente

Un pueblo amenazado

Por ENRIQUE GAVILÁN



«El Norte de Castilla» ha dado la inquietante noticia en estos últimos días: un pueblo de la provincia, su término municipal entero —Almaraz de la Mota—, ha sido recientemente adquirido por una empresa constructora. Sobre los vecinos del lugar se cierra ahora el temor de tener que abandonar el pueblo en que han nacido o han mantenido a sus familias, la tierra labrada por ellos, por sus padres, abuelos y trasbuelos.

El comentario se dispara de inmediato. Es difícil, en primer lugar, contener la indignación ante el reflejo medieval e el residuo feudal que supone el hecho insólito de que todo un pueblo pertenezca a una persona y que esto suceda en nuestra época durante la cual han marchado algunas de las importantes conquistas sociales alcanzadas por la Humanidad. De otra parte uno se apresura a pensar que, por encima del doloroso empuje sufrido por los vecinos de Almaraz, éstos tienen que remediar de alguna manera su actual situación inestable y tan comprometida.

Hasta ahora apenas sabemos sobre Almaraz —voz árabe que equivale a «puerto» o «embarradero»— algo más que dada su situación —está situado en una ladera de los Torozos—, tenía unas cuevas en su parte más elevada, inestimable refugio para los habitantes que allí habitaban, al menos y caminando por las montañas en la ruta de Galicia. Ahora nos justiza los mejores amigos sabemos algo más agrio: que de España. Y si nos irita música dual de Alba vendió el hecho que nos juzgan, no debe-

pueblo a don Luis Villachica y que muerto éste, sus herederos han enajenado el lugar a la empresa constructora flamante propietaria de Almaraz.

Cuando hice un detenido viaje por esta provincia, ya hará tres años, al visitar pueblos, precisamente cercanos a Almaraz, como Urueña, Peñafiel, Montealegre, Aguilar de Campos, pude comprobar gozosamente lo intacto que conservan su carácter y su enorme autenticidad; entonces pensé, y así lo escribí en más de una crónica, que como estupenda atracción para el turismo, hay una zona regularmente extensa en Valladolid que podría poblarse de pancartas, cartelones y otros medios de publicidad o propaganda para una frase más o menos parecida a ésta: «Viajen a la Edad Media en pleno siglo XX». Esa frasecita ahora nos tortura cuando en tal imaginada visita nuestro país, costumbres, instituciones y modo de ser emiten quienes nos visitan. Es lo que hay que apreciar bien para criticarlo con justicia los mejores amigos de España. Y si nos irita música dual de Alba vendió el hecho que nos juzgan, no debe-

Los españoles, como es sabido, somos sobremediana acogedores. Es proverbial nuestro sentido de la hospitalidad, pero también somos muy susceptibles ante los juicios que sobre nuestro país, costumbres, instituciones y modo de ser emiten quienes nos visitan. Es lo que hay que apreciar bien para criticarlo con justicia los mejores amigos de España. Y si nos irita música dual de Alba vendió el hecho que nos juzgan, no debe-

mos dar pie a ello cuando puede ofrecerse un motivo tan poco ejemplar como el de Almaraz.

El problema de este pueblo es grave. Y más grave aún como sintoma de que esto mismo puede ocurrir en otros pueblos españoles. Pero su gravedad no supone que carezca de solución. La adquisición de tierras llevada en colonia confiere abiertamente a los colonos o arrendatarios el derecho a retraer los predios arrendados. Este derecho de retracto que asiste a los arrendatarios rústicos se instaló en nuestra legislación hace treinta años exactamente —en marzo de 1935— y fué promulgado por la República cuando era dueño del Poder un Gobierno de significación nada izquierdista. El retracto en pro de los arrendatarios, que se consideró entonces como institución de aire revolucionario, se ha conservado con modificaciones inesenciales en el actual ordenamiento legal sobre la tierra arrendada. Quizás pudiera oponerse al ejercicio de este derecho, supuesto que en Almaraz lo intentasen, el obstáculo de un precio excesivo fijado a las tierras, precio que pudiera ser inasequible para los arrendatarios. En efecto, así pudiera ser si los de Almaraz actuasen por sí solos y estuviesen desamparados. Pero es que, por el contrario, el pueblo debe sentir en estos instantes sobre sus espaldas la palmada de aliento, la ayuda decidida de las autoridades provinciales e incluso de los organismos estatales para que esos vecinos y arrendatarios accedan a la propiedad de las fincas que han trabajado durante tantos años. Hay que hacer todo lo posible para que no puedan ser vendidos el problema de Almaraz.

Si pudiera resolverse con el acceso a la propiedad de los colonos podría olvidarse, en cierto modo, algo que se acerca a lo ignominioso; y que, pese a la evolución del derecho de propiedad, haya quien pueda ser dueño de todo un término municipal. De todo un pueblo. A excepción de la iglesia, naturalmente. Y también del cementerio. Si. Es que hay en Almaraz de la Mota sólo pueden tener tranquilidad los muertos.

ENRIQUE GAVILÁN

PREMIOS AL AHORRO LA CAJA DE AHORROS POPULAR DE VALLADOLID

sorteará entre sus impositores, el próximo día 18 de marzo, los siguientes premios:

- 1.—Un viaje a la Semana Santa de Sevilla para dos personas con viajes Interlata.
- 2.—Un tocadiscos.
- 3.—Máquina de afeitar.
- 4.—Máquina de afeitar.
- 5.—Máquina de afeitar.

Para más detalles, pueden dirigirse a nuestras oficinas centrales, calle Regalado, 15, o en cualquiera de nuestras Aseerías en la provincia. Usted puede participar en este sorteo.

¡ahorre dinero!

comprando sus muebles DIRECTAMENTE EN FABRICA

¡muebles LASHERAS!

TELEFONO 16-CUELLAR

¡llámenos por teléfono y le trasladaremos a nuestra fabrica donde podrá ver, elegir dentro de la mas completa exposición en estilo, calidad y precios.